

La tecnología no existe. O del nacimiento de la técnica en Gilbert Simondon

Gonzalo S. Aguirre. Profesor Adjunto de Teoría del Estado e Investigador del Instituto de A. Gioja (Facultad de Derecho, UBA); miembro del CEFC, Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura, Universidad del Comahue

“la información no es una cosa, sino la operación de una cosa que llega a un sistema y que produce allí una transformación.”
(Simondon, *CI*, p. 183)

El título de este texto retoma el de un artículo de Simondon publicado en *Sobre la técnica*. Quisiéramos colocar a este último artículo en el linaje de libros como *El nacimiento de la tragedia* de Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la filosofía* de Giorgio Colli, y también *El nacimiento de la locura en la época clásica* de Michel Foucault. El gesto simondoniano es justamente el del rastreador de linajes. La tecnología no existe. Es un invento, una hipótesis. Se

precisaría una nueva tecnología, un nuevo *tecno-logos*, una “ciencia de las correlaciones y transformaciones”, un nuevo discurso sobre la técnica que al menos altere el oído contemporáneo ante la palabra “tecnología”. Esta noción se ha anquilosado a tal punto que designa al conjunto de los objetos técnicos, especialmente en sus expresiones últimas, sin dar cuenta de la concepción filosófica que los engloba. Son habituales expresiones del tipo “no me llevo bien con la tecnología” para indicar que no se supo abrir una cuenta en alguna red social, pero no para dar razones por las que no se toca ningún instrumento musical o no se dedica alguien a la escultura. Mucho menos para dar cuenta de un malestar específico con una concepción (*logos*) de la técnica o incluso con una técnica del *logos*, con un *tecno-logos* específico. Pues bien, aquí procuramos dar cuenta del malestar de Gilbert Simondon con la concepción actual de la técnica y de los objetos técnicos. El actual *tecno-logos* habilita a pensar a “la tecnología” como si fuera un estado de cosas determinado y no una concepción discursiva de procesos tecno-estéticos en juego. Más aún, quisiéramos señalar que también ese *tecno-logos* resulta ser un objeto tecno-estético cuyo modo de producción y composición responde hoy día a las mismas características de lo que llamamos “tecnología”.

El nacimiento del nacer: No se nace un día determinado y ya. Se sigue naciendo cada día. La técnica, como la tragedia o la filosofía o la locura, se pueden perder a cada instante, se pueden separar de su fuerza de nacimiento, de su nacer. Y seguir. Solas. Como unos vagones que han perdido su fuerza locomotriz y piensan que andan por cuenta propia, ya nacidos. Así no pueden llegar muy lejos. Así no se puede seguir y sólo cabe intentar “llegar a...”. La tragedia no lo resistió. La filosofía no lo resistió. La técnica no lo resistió. No sabemos nada de ella como no sabemos nada de filosofía o de tragedia. O de locura. No sabemos nada de nacimientos, ni de heredar. Tememos a las palabras “pasado” y “tradición”. No sabemos hacer memoria. Nos hemos inventado unos modos del recuerdo que apenas si superan la línea del “souvenir” *tourístico*. La ascensión a la fuente, a la génesis se nos antoja esotérica, lejana. Pero basta con mirar alrededor con mínima atención para reconocer que nuestro hábitat natural es técnico y que lo desconocemos todo de nuestra naturaleza técnica.

Secretos de un archivista: Se precisaría recuperar la noción de nacimiento que tenía la tragedia o que tenía la filosofía. La idea de nacimiento que pudiera tener la locura. O

la técnica. Con nuestra idea operatoria de nacimiento no hay manera de remontar nada. No sabemos lo que es una fuente. La hemos roto. La hemos archivado y no sabemos en qué letra buscar.

El pensamiento filosófico debe operar la integración de la realidad técnica a la cultura universal fundando una tecnología: así el título del pt. IV de la segunda parte de *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Al día de hoy los objetos técnicos no son comprendidos según su tecnicidad. Son concebidos sin atender a sus condiciones de nacimiento. La filosofía debiera retomar el gesto mayéutico para dar a luz al nacimiento de los objetos técnicos, su auténtica concepción. Sin ese gesto genético del pensamiento los objetos técnicos quedan reducidos a su fuerza operatoria, separados de toda condición afecto-emotiva. Y, suplementariamente, muchos objetos resultan separados incluso de su condición técnico-operatoria. Nadie piensa ya en la escritura o en un encendedor cuando se habla de “tecnología”.

Los objetos técnicos están alienados: Existe un desfasaje entre la cultura que gobierna a los hombres y las máquinas: estas tienden a gobernar a los hombres porque los hombres creen que las usan y, por lo tanto, no se relacionan culturalmente con ellas. No se relacionan con ellas a través de la cultura que los gobierna y que también gobernaría a los objetos técnicos. Llamamos tecnología a aquellos objetos técnicos que han quedado por fuera de la cultura. Los integrados apenas si los notamos: escritura, grifos, *tuppers*... Ya sea antes de la mutación maquínico-industrial o a través del dispositivo de finalidad técnica que ha ido colonizando el mundo de la cultura sin integrarla.

Secreto tecnológico: “... las máquinas están regidas por una cultura que no fue elaborada de acuerdo a ellas, y de la cual han estado ausentes; esta cultura les es inadecuada, no las representa.” “La tarea del *tecnólogo* es entonces la de ser el representante de los seres técnicos frente a aquellos a través de los cuales se elabora la cultura; escritores, artistas, y muy generalmente, aquellos que en psicología social se denominan ‘cinosuras’.” (MEOT, p. 167)

Mecanólogo se necesita: Alguien que capte la dimensión afecto-emotiva (tanto estética como normativa) de la tecnicidad, y no sólo la operatoria. Alguien que entienda

de nacimientos y de almas: un *psicólogo de las máquinas*. Pues “considerada sola [operatoriamente], la *tecnicidad* tiende a convertirse en dominadora y a dar una respuesta a todos los problemas, como lo hace en nuestros días a través del sistema de la cibernética. De hecho, para ser conocida de modo justo, según su esencia, e integrada rectamente a la cultura, la *tecnicidad* [operatoria] debe ser conocida en su relación con los otros modos de ser [modo religioso de enlace y modo afecto-emotivo en su aspecto estético y su aspecto normativo] en el mundo del hombre.” (MEOT, p. 168)

Como enlace: Recuperar, junto al objeto técnico, al objeto normativo y al objeto metafísico. Este último solía corresponder al ámbito religioso y luego al filosófico (*religare*). Quizás al día de hoy corresponda al ámbito de la técnica asumir esa condición metafísica. Pero si no es comprendida la tecnicidad entonces la técnica se expresa sólo como dominadora, dando lugar a tecnofilias y tecnofobias. Más allá de ellas, la tecnicidad podría presentarse ella misma como enlace, o como enlazable por un nuevo dispositivo religioso de carácter afecto-emotivo, ya sea normativo o estético, fomentado por una Mecanología de sensibilidad tecno-estética.

El logos de la técnica: Según Pascal Quignard en *Retórica especulativa*, *logos* habrá sido en su origen “recolección”, “colecta”, “transporte”. Bajo ese diapasón ha de leerse el siguiente paso simondoniano: “En una máquina, existe un encadenamiento de operaciones de herramientas que actúan unas sobre otras, lo que hace que, en esa cadena transductiva [ni deductiva ni inductiva], cada una de las herramientas elementales sea a la vez operante y operada, naturaleza-objeto y sujeto-operador. El *logos* de la tecnología es dicho encadenamiento (diferente de la mirada que lanza el sujeto conocedor sobre la naturaleza conocida), el *metrion* de la relación transductiva.” (ST, p. 131)

De allí que no se trata sólo de generar un nuevo *logos* o discurso sobre la técnica, sino también que ese *logos* o discurso sea capaz de colectar (transductivamente) el *logos* propio, la fuerza de arranque no discursiva del objeto técnico. Practiquemos con la máquina: “... el *logos* de la máquina es la transferencia en cadena, la multiplicación de los elementos de mediación entre el operador y la cosa, ya que esos elementos actúan uno sobre otro en orden serial.” (ST, p. 132)

Hermes el concatenador: Hay según Simondon tres modos mayores de concatenación,

estos modos hacen a una historia hermética del *logos*, en la medida en que se trata de modos de la cerrazón de los encadenamientos, de circuitos o rondas o pistas de encadenado que tienden a perseverar en su ser. No es que se cierren. Es que transportan según un encadenamiento cerrado. Los *tuppers* no son herméticos porque cierran bien, sino porque transportan bien. Cada modo de transporte es una cerrazón de encadenamientos, un hermetismo.

De estilo: "... a diferencia de la sublimación, la destilación extrae una sustancia que tiene propiedades diferentes de aquellas del líquido que ha sido sometido a la acción del fuego, en lugar de ser solamente más puro." "A partir de lo húmedo y lo frío (líquido), el horno de destilación permite obtener, bajo la forma de alcohol, un producto capaz de quemar y que tiene un sabor ardiente; este producto, además, es volátil y sus vapores se dirigen hacia lo alto." (ST, p. 137)

Tres hermetismos: Los tres corresponden al momento de una cerrazón que generaliza por anticipación: "1- el de la Antigüedad descendía de lo viviente a lo inorgánico; 2- el del siglo XIX subía desde la energética de las máquinas y de la economía de la producción y del consumo hacia el hombre como trabajador, pero también como ser social y como fundador de superestructuras culturales; 3- el hermetismo que se bosqueja en el horizonte es más bien transductivo y procede según un movimiento horizontal de extensión por generalización y estudio de las interacciones en un sistema de estados múltiples de equilibrio, con efectos de reacción circular, de amplificación, de autoamplificación (escalada) o de autoestabilización." (ST, p. 169) En el punto tres quizás se haya logrado la definición más precisa de "Internet", en el año 1970.

Listado: Comprender que tecnología no es un estado de cosas; que hay una tecnicidad; que esta se expresa según modos de encadenamiento o de *logos*. Estos modos constituirían una suerte de condición histórica cuya fuente es la tecnicidad y su expresión hermética. Poner dicha condición en términos de "contexto histórico de la técnica" implicaría olvidar la condición técnica de eso que llamamos "historia".

Transductólogo se necesita: La Mecanología correspondería a la segunda fase hermética de la técnica (la de las máquinas). Quizás para la tercera fase se precise una nueva

estrategia de enlace o de remonte.

Pregunta de examen: ¿Qué tienen en común un automóvil contemporáneo y un niño romano? Respuesta: que “un automóvil, después de haber sido construido, para ser viable, debe todavía ser comprado, como el niño romano que, luego de haber sido traído al mundo por la madre, solo era admitido en la vida si pasaba la *elevatio*.” (ST, 300)

Geografía nómada: Así como el *pater* elevaba al *infans* desde el piso y lo posaba sobre sus rodillas, inscribiéndolo en su stirpe; así debiera surgir un gesto mecanológico o transductivo capaz de elevar al objeto técnico, de heredarlo, de inscribirlo en su linaje. Ese gesto de reconocimiento implicaría el de reconocer nuestro hábitat natural. La naturaleza no es verde por más que *National Geographic* machaque con su política de los colores.

Se precisa entonces una mentalidad técnica abierta, generosa, sin fobia ni optimismo tecnocráticos, para iniciar la tarea mecanológica que dé lugar a la recuperación cultural o religiosa de los esquemas cognitivo-operatorios junto a sus modos afecto-emotivos en tanto normas de acción valorativas o expresiones estéticas: “Si se busca el signo de la perfección de la mentalidad técnica, podemos reunir en un criterio único la manifestación de los esquemas cognitivos, de las modalidades afectivas y de las normas de acción: el de la apertura.” (ST, 302)

Tecnofanía: sin tecno-estética no habría Mecanología que valga. “La belleza de una herramienta está muy lejos de ser únicamente funcional. El objeto es una manifestación, una epifanía. ¿Pero puede el objeto manifestar su excelencia, llegar a la *εντελεχεια* si nos contentamos con contemplarlo?” (ST, p. 379)

La condición de entelequia puede corresponder también a seres vivientes, y también a físicos. Según el “proceso de individuación” tanto estos como el hombre y los objetos técnicos están insuflados por una misma fuerza de existencia. Al día de hoy, descuidada la experiencia interior, la única epifanía posible sería la técnica. Fuera de ella sólo cabe administrar, clasificar y regular nuestro desconocimiento de todos los seres. Fuera de ella sólo cabe la vergüenza ajena hecha propia ante pasos magníficos como el siguiente:

“Quizás sea demasiado simple todavía decir que la excelencia de un objeto, de un animal, de un ser humano, reside en su consumación, en su perfección. La ἀρετή [areté] del caballo es correr. Sí, pero un caballo de carreras corre mejor y más velozmente que un percherón. Sin embargo, también existe una belleza y una ἀρετή [areté] y una εντελεχία [entelequia] del percherón, ser macizo de pecho amplio que puede tirar de una carga pesada, o de un arado con varias rejas. El caballo de carreras es bello cuando corre, cuando franquea un obstáculo, una cerca. El percherón es bello cuando desbroza, con un arado profundo, un terreno ingrato. Las entelequias de ambos seres son diferentes, quizás opuestas, pero existen *tanto* una como la otra.” (ST, p. 379)

Hermes bebé: Los dos primeros hermetismos indicados por Simondon no son caracterizados como transductivos. Sí el tercero, el que está en ciernes. El antiguo, en tanto, podría plantearse como más bien inductivo. El segundo, para el siglo XIX, como más bien deductivo. En estos términos la Antigüedad llega hasta el siglo XIX y la transducción aparece en el siglo XX. Pero transducción, como principio operatorio de toda individuación, hay siempre, generando amplificaciones pasibles de modulación y organización. De allí que la caracterización de transductividad para el nuevo hermetismo en el horizonte parezca más bien remitir a una suerte de pérdida de fuerza organizante y modulante; quizás incluso a una transformación de estas fuerzas en un nuevo bicho técnico autoamplificante que retomaría el proceso de transducción antes de alcanzar nuevas fases modulantes y organizadoras, como ya lo hicieran los dos primeros hermetismos mencionados. No por nada la más antigua destilación lograda parece haber sido la del mercurio (ST, p. 144).

¿Qué mundo ha quedado?: El mundo de la transductividad numérico-digital. Hasta la máquina todavía podía concebirse un mundo verdadero y un mundo aparente. Cuando la máquina consumó esa distinción, dio paso al nuevo bicho técnico numérico-digital.

Númerique o digital: Según Leibniz el mundo era numérico. Al límite de las diferenciaciones infinitamente pequeñas o infinitesimales, todo es 0 y 1. Nada y Dios. No más mundo aparente y real o verdadero. La Revolución francesa o el Congreso de Viena de 1820 inauguran el mundo de la Convención, el mundo numérico que habrá de concentrarse en la binarización bítica hasta dar lugar al nuevo bicho técnico y a un nuevo nacimiento de la técnica.

En Francia, cuna de la Convención, digital se dice “*numerique*”, como si no pudieran reconocer la pérdida de control de los avatares numéricos convencionales en manos de la binarización comandada por los EEUU. Esta última llevó a la noción de *bit* o “dígito de número binario”. De allí que el mundo sea digital desde que existe el predominio numérico en la concepción del mundo, y que lo que llamamos “digitalización” sea más bien una precisión en la binarización de la concepción numérica del mundo. El precio que debió pagar el número para tomar el comando de la concepción es perder su potencia simbólica analógica, su carácter de cifra. Un reloj mecánico con agujas ya era digital, *numerique*. Si la Hora no es un ser mítico o un sonar de campanas, entonces el tiempo se vuelve lineal y sucesivo. Pero no siempre fue así.

Algoritmo hubo siempre: Cifrar y descifrar es actividad perenne. La clave radica en comprender el ciclo hermético en el que se despliega tal actividad. Una cerrazón dada brinda las condiciones de posibilidad para cifrar y descifrar. La cerrazón maquina, al dar paso a la cerrazón cibernética, inauguró un nuevo modo de cifrado. El agente secreto era un cuerpo de número de la Inteligencia estatal. Al día de hoy se trata de una suerte de “número de número”, lo que llamamos algoritmo. La algoritmización es un proceso de binarización de las instrucciones de cifrado y descifrado de la Inteligencia (primero llamada estatal, luego artificial).

Pero algoritmo hubo siempre. Los descifradores de cerrazones como Lutero crearon siempre nuevas condiciones de cifrado y, por lo tanto, de algoritmización. Las tablas de la Ley que recibió Moisés ya eran un algoritmo perdido en otras cerrazones. Y como los ciclos herméticos no se suceden sino que se van superponiendo, puede entenderse la atención teofánica con la que Simondon aborda la cuestión de la información en el ciclo cibernético.

En busca del tiempo en flor: Lo que llamamos analógico es una digitalidad mal llevada, un modo de hacernos creer que no habíamos perdido justo aquello que el modo numérico se había cobrado a cambio de ordenarnos las máquinas que Dios ya no podía controlar. Un reloj a cuerda sería tan digital como un i-phone. Cuando Proust encuentra tiempo puro son siempre pervivencias analógicas: un rosa Tiépolo de Fortuny (el alquimista), o unas campanadas de Combray.

Masa y número: Lo que llamamos masa es una numerización de las prácticas sociales. Los ricos son los primeros en masificarse, en hacer turismo de masas: muerte en Venecia. Allí Fortuny les daba vida analógica camuflada en moda de masas (la moda es algo que le pasa a las masas). Proust habrá sido testigo de todas estas maniobras mientras iba llegando la *Bauhaus* para incluir también a los pobres en la numerización: con la binarización serial y la estandarización de la moda se habrá descubierto que el reino de la masa no sólo puede recibir a los pobres, sino que parece específicamente destinado para ellos.

Simondon now: “Existe una mentalidad técnica que está en curso de desarrollo, por lo tanto es incompleta y corre el riesgo de ser prematuramente considerada como monstruosa y desequilibrada. La exposición requiere una actitud previa de generosidad hacia el orden de realidad que busca manifestar...” (ST, p. 285)

Referencias de obras de Gilbert Simondon:

CI: *Comunicación e información*, Cactus, Buenos Aires, 2016.

ST: *Sobre la técnica*, Cactus, Buenos Aires, 2017.

MEOT: *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

